

EL VELO DE ISIS VII

Las mil y una noches ocultistas

Siempre que nos encontramos ante cualquier historia o cuento que la humanidad nos ha transmitido, es evidente que cada uno de nosotros, reacciona y se identifica con ella, según su conciencia o escala de valores.

Es por ello, que no hemos de juzgar la actuación de ninguno de los personajes que nos muestran, sino observar en la distancia e intentar comprender el porqué actúan como lo hacen, y a la vez aprender de los hechos y los resultados.

En este capítulo VII, lo que se señala principalmente es la actuación femenina, la astucia, el engaño, las malas artes que nos muestran la actuación de la mujer, y las razones que la motivan.

Sin embargo, la información que da el rey infeliz paralítico, le sirve al Sultán, para actuar y vencer la magia que la mujer utilizaba, y así los peces recuperan su identidad de hombres, y salen del estanque, del agua y emociones que los tenían atrapados, por lo tanto no siempre podemos liberarnos por nosotros mismos, sino que hay momentos en que hemos de agradecer la efectiva ayuda que viene del exterior

El reino y el lago están encuadrados entre cuatro colinas o montañas, los cuatro elementos, tierra, agua, aire y fuego, representados el estar rodeados de esa materia, inmersos en el agua, "emociones y sentimientos" que han inundado su tierra, por ello no pueden pisar firme.

Colores, montañas, números nos remiten a la comprensión de que toda la humanidad, jóvenes, adultos, ancianos, está inmersa y actúa de acuerdo con sus niveles de consciencia, al haber trabajado día a día tu consciencia.

No podemos olvidar que reyes tan importantes del Antiguo Testamento, como son David y su hijo Salomón, a pesar de sus conocimientos y sabiduría, quedaron atrapados por la fuerza del sexo. David al ver a Betsabé desde su palacio, y Salomón ante la inteligencia de la reina de Saba. Cada ser humano tenemos un talón de Aquiles, por el que podemos ser atacados y vencidos, al menos momentáneamente.

C.E.A

EL VELO DE ISIS

Cápítulo VII

Termina el cuento de "El Pescador" con la descripción del palacio encantado del príncipe de las Islas Negras

El sultán visita el mágico lago Karún, el gran lago de las cuatro montañas, desconocido de todos los hombres.– Una equivocada opinión del Barón Silvestre de Sacy en el prólogo de la obra de Gustavo Well.–En marcha hacia las Islas Negras.–El triste habitante encantado del "Palacio de las Lágrimas".–Una Maga Negra.–"¡Vivo entre los muertos y muerto entre los vivos!"–El sultán consume su proeza redentora.–Todos los encantados de las Islas Negras recobran su primitivo sér.–La deliciosa historieta de Saad y Saadí, el filósofo metafísico y el filósofo positivista.–Paralelo entre el mito de El Pescador y los del Parsifal, de Wágner.–El sultán es Epimeteo- Parsifal, Amfortas y el Príncipe de las Islas Negras.– El sexo, "la terrible herida que nunca querrá sanar".–La Kundry eterna.–Las cuentas pedidas y rendidas por los "peces de colores" del mito.–La clave de todas estas cosas, como siempre, se encuentra en La Doctrina Secreta de H. P. B. y en las Estancias del Poema de Dzyan, que comenta dicho libro.–Conclusiones.

Reanudando el texto de Galland el relato de los extraños sucesos acaecidos a Karim, el pescador, y a sus cuatro peces de colores, símbolos de otras tantas razas fenecidas

y que recuerdan también a los cuatro jinetes del Apocalipsis, dice así:

Después del extraño suceso de los cuatro pececillos de colores, quiso el soberano visitar aquel extraño lago Karún, que llevamos dicho. En efecto, el sultán, el visir y el pescador, seguidos de toda la corte, subieron a la montaña, y al bajar del otro lado se vieron, con asombro y pasmo, ante una dilatada llanura que jamás sospechasen siquiera. Al final de ella estaba, en efecto, el lago encuadrado entre las cuatro colinas, y en sus transparentes aguas pululaban, bajo los rayos del sol, millones de pececillos blancos, azules, rojos y amarillos, como los que acababan de causar estupefacción anteriormente. Además, lo raro del caso era que nadie de entre los de la comitiva había visto ni tenido la menor noticia de tal lago, no obstante hallarse al lado mismo de la capital.

–Pues que convenimos todos en que jamás se ha sabido de este lago hasta hoy, decido no regresar a mi palacio hasta que haya averiguado el misterio de este lago y el de sus pececitos de colores –dicho lo cual mandó instalar allí su campamento, y llamando aquella noche a solas al visir le añadió:

–Voy yo solo a internarme en este país de misterio, y es preciso que tú te encargues de ocultar mi ausencia al pueblo hasta mi regreso.

Y sin atender las súplicas del visir para que no emprendiese una aventura tal que podía resultar harto peligrosa, tomó un traje cómodo de montero, se armó de un alfanje y, en medio del silencio de la noche, emprendió a solas por la senda de una de las colinas. Luego, a lo largo de la llanura del otro lado, caminó hasta ponerse el sol, hora en que divisó a lo lejos un gran palacio-castillo, todo de mármol negro y cubierto de finísimo acero como la luna de un espejo. Llegóse a una de las puertas, que estaba abierta, y como llamase hasta tres veces sin que nadie, sin embargo, le respondiese, se internó por el patio, y luego por varios salones tan suntuosos como desiertos, y cuyas magnificencias renunciamos a describir. Sedas, plata, oro, pedrería, rivalizaban maravillosamente en los decorados aquellos, ante los cuales el propio palacio del sultán era menos que una choza. El jardín que rodeaba al palacio era aún más admirable, pues que parecía un efectivo paraíso.

Largo rato estuvo el sultán mirando y admirándose, y cuando estaba ya cansado de vagar de aquí para allá por aquel encantador laberinto, se reclinó en un sofá para coordinar sus temores y sus ideas. De repente creyó oír en el salón de al lado una voz muy lastimera que decía.

–¿Es posible que todavía viva después de tanto y tan inacabable tormento? ¡Oh fortuna, fortuna, cesa ya de perseguirme y pon fin a mis dolores, aunque sea con la muerte!

Movido el sultán por tan amargas quejas, se dirigió presuroso al sitio de donde salían, encontrándose en un trono a un joven bien constituido y vestido fastuosamente, cuyo rostro era la tristeza misma, según estaba de pálido, demacrado y dolorido. (*)

(*)El príncipe éste, hombre vivo de cintura arriba y muerto y marmóreo de cintura abajo, que es ¡ay! como a todos nos tiene el sexo, es así un precursor del Durandarte caballeresco que aparece en el admirable capítulo “LaCueva de Montesinos”, del Quijote.

El sultán le saludó con la mayor reverencia, y él correspondió a su saludo diciendo:

–Señor, por vuestro aspecto todo, juzgo que sois acreedor a que yo me levante para recibiros; pero no puedo haceros el debido homenaje porque a ello se opone una poderosa causa que, como veréis, me inmoviliza.

Y diciendo esto se alzó el manto de púrpura, haciendo ver que, si bien de cintura arriba era de carne, de cintura abajo todo era de mármol negro...

–Sabed, señor –continuó el rey infeliz–, que mi padre Mahmud era el soberano de este reino, que se llama de las Islas Negras por las cuatro montañas que en torno del lago habéis visto, y que hoy ocupa el sitio mismo de nuestra capital sepultada bajo sus ondas. Al heredar la corona, me casé con una prima mía, quien me dió durante cinco años las mayores pruebas de amor que darse pueden; pero al cabo de este tiempo descubrí que la reina me era infiel con un deforme negro a quien ocultaba en este palacio en el que me veis. Para lograr sus propósitos, todas las noches me daba, sin que lo notase, un narcótico, y ella se iba con su amante hasta la mañana, en que, haciéndome aspirar cierta esencia, me despertaba. Pero, prevenido ya una noche, arrojé por la ventana el narcótico, y fingiéndome dormido como de costumbre, pude seguirla y sorprenderla en brazos de aquél en el jardín, oyendo que le decía amorosamente al negro:

–No me reconvengáis más de que no os tengo ciego amor, y si las pruebas que os he dado no bastasen, heme aquí dispuesta, si lo deseáis, a cambiar por mi arte mágico, antes que el sol salga, toda esta ciudad y su palacio en espantosa ruina.

Lleno de ira, no pude oír más, y dándole una gran estocada al negrazo, le dejé por muerto, no atreviéndome a hacer otro tanto con la infiel por ser de mi sangre, o más bien por el ciego amor que la tenía. La infiel no me vió, pero con sus malas artes se dió trazas a conservar las pocas fuerzas que le dejara a su amante, quien desde entonces no se puede decir que esté muerto ni tampoco que esté vivo. Ella, pretextando que había recibido noticias de la muerte de sus padres y hermanos, vistió de riguroso luto, y hasta me hizo alzar para mausoleo de ellos un Palacio que se llamó de las lágrimas, en el que escondió a su favorito, al que desde entonces conserva la vida gracias a ciertas pócimas mágicas que todos los días le lleva solícitamente y en secreto al Palacio de las lágrimas. Sin embargo, le fué imposible el curar a aquel desgraciado, quien no sólo estaba sin poder moverse, sino que había perdido el uso de la palabra, y ni aun con los ojos daba la menor señal de vida. La reina, ciega en su loco amor, no dejaba de hacerle dos visitas bastante largas cada día, por espacio de tres años enteros, a aquel indio negro y aborrecible, hasta que, ya cansado de aquella infamia, no pude menos de exclamar:

–¡Oh, tumba! ¿Por qué no te tragas ya a este monstruo de la Naturaleza, juntamente con su querida?

Pero no bien hube dicho esto, cuando la reina, hecha una furia, rugió:

–¡Ah, cruel! Tú eres la causa de mi dolor. Tu mano criminal es la que ha puesto a mi amante así.

Y, recurriendo arteramente a sus encantos mágicos, añadió:

–Por la virtud de mi ciencia, te mando, en castigo del mal que has hecho, que te conviertas en frío mármol de medio cuerpo abajo y sigas hombre de medio cuerpo arriba.

Al punto, por la virtud del conjuro, hálleme como hoy me veis: vivo entre los muertos y muerto entre los vivos...

El desgraciado rey de las Islas Negras, cuyo cuerpo había quedado así mitad hombre, mitad mármol por el resto de sus días, continuó relatando al sultán sus desventuras

de este modo:

–Después que la desalmada maga, indigna del título que llevaba de reina, me hubo así transformado y hecho traer a esta sala en la que me veis, por medio de otro encanto análogo destruyó hasta los cimientos mi opulenta capital, que era muy floreciente y populosa.

Aniquiló las casas, las plazas, los mercados... itodo, todo! y redujo a este estanque y esta antes fertilísima campiña al triste estado de desierto en que ahora la veis. Los peces de colores que hay en el estanque son las cuatro clases de habitantes de cuatro diferentes religiones que los componían: los blancos, musulmanes; los encarnados, parsis; los azules, cristianos, y los amarillos, judíos. Las cuatro colinas eran otras tantas islas que daban el nombre a este mi reino. Todo ello, por supuesto, yo no alcancé a poderlo ver, pero cuidó bien de decírmelo la maga para mi mayor tormento.

–Y no es esto sólo –continuó–, sino que todos los días, para saciar sus rencores, viene la infame a darme sobre mis desnudas espaldas cien latigazos, hasta bañármelas en sangre, y después de tamaño suplicio, me cubre con una tosca túnica de pelo de cabra y me echa encima este manto de brocado, no por honrarme, sino para más burlarse de mí.

Al llegar aquí en su discurso el príncipe de las Islas Negras, derramó un torrente de lágrimas, que oprimieron cruelmente al sensible corazón del sultán, quien, lleno de noble indignación, pidió al príncipe que le informase del retiro de la pérfida y de su amante para de ellos tomar venganza al punto.

–¡Señor, prémieos Alah vuestro deseo santo! –repuso el príncipe, queriéndole besar las manos, agradecido–. El amante ya os he dicho que está en el Palacio de las lágrimas, en una tumba en forma de opulenta cúpula y que comunica, por una puerta secreta, con este castillo.

En cuanto a la infame no puedo informaros a punto fijo cuál sea su retiro, pero todos los días, después de propinarme los azotes, va a visitar a su amante al salir el sol y llevarle la pócima que le preserva de morir.

El sultán, entonces, después de informar al príncipe acerca de quién él era y por qué había llegado hasta allí, trazó su plan de venganza, que mereció la aprobación de este último, seguido de sus más fervientes votos para que el éxito le acompañase en su empresa. De común acuerdo se fijó la ejecución para el siguiente día.

Aquella noche el sultán tomóse algún descanso para contar con fuerzas en la empresa, mientras que el desdichadísimo príncipe hubo de pasarla en su acostumbrada agonía.

No bien apuntó el alba, el sultán ocultó su ropa exterior, que le habría embarazado, y, con su sable al cinto, se encaminó en derechura del Palacio de las lágrimas, que halló alumbrado con infinidad de blandones y perfumado por el delicioso aroma que brotaba de un centenar de pebeteros de oro fino. Así que descubrió el regio lecho en que yacía el negro, sacó su sable y de un solo tajo decapitó a aquel miserable, arrastrando su cuerpo fuera hasta arrojarle en una honda cisterna. Verificado esto se acostó sin hacer el menor ruido en el propio lecho del negrazo, ocultando el yagatán desenvainado bajo las ropas, en espera de finalizar del mismo modo con la malvada reina la aventura.

La malvada, como de costumbre, no se hizo esperar. Después de azotar al príncipe tan duramente o más que de ordinario, haciéndole lanzar estentóreos gritos de dolor que conmovían hasta las paredes del palacio, se fué llegando amorosísimamente al lecho donde pensaba hallar como siempre a su amado, diciéndole:

–¡Sol mío; alma mía; vida de mi vida misma! ¿Estás resuelto a dejarme morir, sin darme el consuelo de decirme que me amas todavía...? Dime una palabra amante, siquiera: ¡Te lo suplico de rodillas!

Entonces el sultán, fingiendo como que despertaba de un largo y profundo sueño, y haciendo por remedar el lenguaje de los negros, con grave tono dijo:

–Las causas del silencio que guardo y del que tú te quejas son, por castigo de Alah, los llantos y las maldiciones de tu marido, a quien tratas con tan excesiva crueldad. Hace largo tiempo que estaría curado y que habría recobrado el uso de la palabra, si a él le hubieses desencantado.

–Entonces, ¿deseas que, para apaciguarte y complacerte, iluz de mis ojos!, restituya a su primitiva forma al príncipe? –interrogó, sin darse bien cuenta de todo aquello la perversa.

–Sí –replicó el fingido negro, en el mismo tono–, Alah, el Todopoderoso, no permite que recobre yo mi antigua vida y lozanía hasta que a él no le tornes su libertad y su forma de hombre, para que no me incomode más con sus gritos.

No necesitó más la maga. Salió como una flecha del Palacio de las lágrimas. Tomó una taza con agua; pronunció ciertas palabras misteriosas sobre ella, que la hicieron hervir como si fuesen fuego, y rociando con ella al marido, dijo solemnemente:

–Si el Criador de todas las cosas te ha formado tal como estás al presente y él te tiene castigado así, ipermanece en este estado por siempre!; pero si así te hallas por la virtud de mi encantamiento, ivuélvete a tu forma natural, al punto!

No bien la maga hubo dicho y hecho esto, el príncipe retornó a tomar instantáneamente su antiguo ser y estado, con el júbilo que se puede imaginar. Su primer cuidado fué prosternarse y dar gracias al Señor por la merced que le hacía.

–¡Vete, aléjate al instante de este palacio; no vuelvas jamás a él, si no quieres que te cueste la vida!

No necesitaba más el príncipe para escapar, y huyendo hasta un lugar algo distante, se puso a esperar con impaciencia el resultado del designio que le había comunicado el sultán.

Mientras tanto la maga le había apresurado a entrar de vuelta al Palacio de las lágrimas para recibir del negro amante el premio de su forzada acción. Pero antes de que se acercase al lecho, el sultán, que tan a maravilla fingía su papel, añadió:

–Lo que acabas de hacer no basta para curarme, puesto que el mal que hiciste no has acabado de arrancarle de raíz, tornando a su ser también a la ciudad entera y a los habitantes todos de esas cuatro islas que por tus negras artes, destruiste. Todos los días, las víctimas de tamaño desastre, transformados en peces, no dejan de levantar sus cabezas fuera del estanque pidiendo al Señor venganza contra ti y contra mí. ¿Cómo quieres, pues, que logre curarme mientras obres de tal modo...? ¡Vuelve sobre tus pasos, restableciendo las cosas en su prístino ser y estado! ¡A tu regreso el Señor bendito hará que pueda darte la mano para que me ayudes a levantar de aquí!

Llena la maga de ciega esperanza, exclamó transportada de júbilo:

–¡Si es por eso, alma mía, corazón mío, poco habrás de esperar para recobrar la salud!

Y partiendo al momento, operando de igual modo que antes con el príncipe, hizo la consiguiente aspersion con el agua mágica sobre el estanque, sus peces y las islas, cuando, súbito, los peces volvieron a su ser de hombres, mujeres y niños, cuál mahometanos, cuál persas, cristianos y judíos...; las islas se vieron transformadas en la tierra firme de siempre, con sus casas, tiendas, mercados y jardines, ni más ni menos que de antaño, y la numerosa comitiva que acompañando al sultán había acampado por orden de éste en la plaza mayor del castillo del príncipe de las Islas Negras quedó no poco maravillada de verse en un instante en medio de una ciudad hermosa, poblada y vastísima, surgiendo por encanto allí donde antes sólo viesen un triste lago, unas pobres islas y un palacio solitario.

La maga, después de haber realizado, bien sin voluntad suya, tamañas mudanzas, retornó ansiosa al lado de su amante esperando recibir con ello el premio de su amor, pero al acercarse al lecho, ocupado por el sultán, no por el doliente negro, el sultán, empuñando el sable a dos manos, la rajó de arriba a abajo a la infame, sin darle ni tiempo a que se repusiera de su sorpresa al verle surgir del lecho, donde esperaba ver a su criminal amante.

Hecho esto, el sultán, de dos saltos, se vió al lado del libertado príncipe, y, cayendo en los brazos de éste, le dijo, lleno de alegría:

–¡Príncipe: la cruel enemiga que os atormentaba no existe ya, mientras que vos os veis libre y rodeado de todos vuestros fieles vasallos, en vuestro antiguo reino como si nada hubiese ya acaecido! Yo, cumplida mi misión, para la que veo me trajo aquí, sin saberlo, el Destino, sólo os pido permiso y consejo, para volverme a mi país, a menos que queráis honrarle acompañándome a él.

–Poderoso monarca y hombre sabio y bueno, a quien jamás olvidaré –dijo el príncipe, agradecido–; ¿creé estar muy próximo a vuestro reino?

–¡Si! –replicó el sultán–; como que sólo dista cuatro o cinco horas de camino, que son las mismas horas invertidas por mí y por los míos para llegar a este territorio. Sólo nos separa a nuestros reinos esa montañita que veis allí hacia el Oriente. Estoy de ello bien seguro.

–¡Pero olvidáis la excelsa Mano que para sus inescrutables Designios os ha conducido hasta aquí! –objetó aquél–. Como que por los medios naturales y humanos, yo sé bien que hay un año entero de viaje desde este mi reino al vuestro. Sea de ello lo que fuere –añadió–, es tal mi gratitud por lo que habéis hecho que yo no os dejaré, aunque hubiese que ir al confín del mundo. Sois mi libertador, y para mostraros toda mi vida mi reconocimiento, pretendo acompañaros, abandonando mi reino sin el menor disgusto.

Quedó el sultán asombradísimo por cuanto oía y cuanto había visto, sin podérselo explicar poco ni mucho; pero tanto se lo aseguró el príncipe de las Islas Negras que no dudó, antes bien, dijo:

–Nada importa que mi reino diste de aquí poco o mucho. Yo me doy por harto recompensado con la satisfacción de haberos sido útil en un acto de Suprema justicia,

y de haber adquirido en vuestra persona un verdadero hijo. Vais a hacerme el honor de acompañarme, y como yo carezco de sucesores en mi reino, desde ahora os nombro mi hijo y sucesor.

Hechos, pues, los preparativos del viaje, de allí a pocos días, tras las naturales fiestas y regocijos, el sultán y el rey, su hijo adoptivo, se pusieron en camino cargados de inestimables riquezas y tesoros del saber, sacados de aquellos antiquísimos archivos. Tuvieron el viaje más feliz, y una vez de regreso, se celebró éste por todos los súbditos del sultán con todo entusiasmo, porque a la dicha de ver a su rey de regreso, se unió la aún mayor de ver que traía de sucesor a un noble príncipe digno de ello, ya que, por amor hacia su libertador, había renunciado a un reino en el cual sucediesen tantas y tan inexplicables maravillas.

Por lo que toca al pescador, causante inconsciente de todo aquello, y factor primero de la libertad del príncipe, éste y el sultán le colmaron de honra y de bienes, siendo feliz con su familia el resto de sus días. (*)

(*) No se crea que con las versiones transcritas hemos agotado todo lo concerniente al magno cuento del pescador. En los textos ricos, como el de Mardrus, no sería difícil hallar algunos otros, tales como el de Cogia Hassan, que para muestra vamos a resumir.

Dos viejos filósofos, Saad y Saadi, discuten cierto día acerca de si muchos hombres son pobres porque quieren, es decir, porque nada hacen para elevarse y salir de su triste estado, o bien el Destino (Karma, que decimos los teósofos) los tiene así bajo la losa de plomo de una fatalidad contra la que son impotentes todos los esfuerzos de la víctima, aunque más tarde, sea aquende o allende la tumba, ese mismo Destino le otorgue a su vieja víctima la merecida recompensa.

Para resolver tamaña duda, que es la eterna duda de la libertad y la predestinación, acuerdan entrambos sabios hacer una experiencia con Cogia Hassan, miserable cordelero que nunca tuvo ni donde caerse muerto, dándole una gruesa suma en joyas para que saliese de una vez de su miseria, mas ¡oh fatalidad!, el buen hombre, que para que no se la roben ha puesto las joyas en su turbante, se ve al despertar que un cuervo le ha arrebatado el turbante con toda su riqueza, por lo que vuelve a visitar a sus dos amigos tan pobre como antes.

Segunda vez se intenta la prueba por los dos filósofos con nueva y más fuerte cantidad a metálico, que, para que no se la roben, es introducida por el cuitado en uno de los sacos de salvado que guarda en su casa; pero la mujer del cordelero, en una breve ausencia suya, vende el saco de salvado a unos viajeros que no encontraban cebada para sus caballos. ¡Nuevo desengaño del infeliz y nueva visita a Saad y a Saadi, que aguardaban con impaciencia el fruto de su ensayo...!

Entonces Saad, el hombre de la gran fe, le dice al escéptico Saadi: "Esta vez será muy de otro modo", y le entrega al cordelero, por todo lote, un pedazo de plomo, en medio de las burlas de su amigo, quien estaba bien lejos de sospechar que en semejante pedazo de plomo iba envuelta una más segura fortuna.

En efecto, al llegar a su casa el cordelero, su vecino el pescador se le llega pidiéndole si tiene algún pedazo de metal con el que sustituir a uno de los plomos de su red y, diligente, Cogia Hassan le entrega el suyo, no sin que, agradecido, le prometa el pescador regalarle el primer pez que caiga en sus recompuestas redes, como lo realiza.

Y, ¡sarcasmo del Destino!, al ir a guisar el pobre matrimonio el pez así regalado a cambio del pedazo de plomo, advierten con sorpresa que llevaba dentro un enorme diamante, diamante que, vendido a un mercader judío, les da el dinero bastante para comprar unos cuantos sacos de salvado, en uno de los cuales aparece, ¡oh, sorpresa!, el dinero intacto que en aquél dejó antaño. Con el dinero, en fin, compra el matrimonio una casita de campo, y el mismo día que recibe en ella la visita de sus favorecedores, su niño mayor trae un nido de cuervos, en cuyo fondo ven todos asombrados el turbante con las joyas que el ave arrebató.

El sentido ocultista de este cuento, sentido idéntico al de la casi totalidad de los del sublime libro, o sea el del triunfo definitivo de la justicia y del esfuerzo honrado, es demasiado evidente para que nos detengamos a comentarle

COMENTARIOS

Como es fácil de ver, hay un inquietante paralelo entre la última parte del mito del pescador y las leyendas nórdicas y parsis que sirvieron a Wagner para la concepción de su gigantesco Parsifal, siendo el mismo el argumento de entrambos dramas

simbólicos que abarcan todo el ciclo de la Humanidad primitiva, pura y excelsa, sin conocer los dolores del sexo; la Humanidad ulterior, caída más y más en el sexo durante los últimos tiempos de la Lemuria y de la Atlántida, y la Humanidad futura, de nuevo redimida de la fatal cadena por el esfuerzode Epimeteo-Parsifal.

El argumento en cuestión no puede ser más sencillo: bajo la revelación del genio al dulce pescador y de este último al noble sultán, el sultán se decide a intentar la aventura de penetrar en un lejano e inaccesible mundo de hombres antecesores no adamitas, hombres no materialmente sepultados bajo las aguas de un lago, como el positivismo decadente de los actuales textos quiere decir, sino ocultos o como “sepultados” tras el misterio del lago Karún, o sea tras ese sempiterno “lago de las iniciaciones”, que, como decimos en los capitulas correspondientes de El libro de los Jinas, aparecen en todas las religiones, incluso la cristiana, y en todos los templos de ellas, lagos cuyas “saludables aguas renovadoras” dan la iniciación en los Misterios, ya que es sabido que las escenas de estos últimos tenían lugar, de noche siempre, proyectadas sobre las aguas, cual hoy proyectamos escenas lejanas en las pantallas de nuestros cines.

El abnegado y heroico sultán, sin medir la distancia ni el peligro, se lanza solo a la empresa y, errando a la aventura, llega, como el joven Parsifal wagneriano, hasta el santo Palacio del Grial, palacio transformado desde la atlante catástrofe del sexo en efectivo Palacio de las lágrimas, que es lo que hoy es también este nuestro mundo. Allí, por edades y edades, gime “encantado” el más hermoso de los príncipes, quejándose eternamente, como el Durandarte también de la leyenda cervantina y el Amfortas de la wagneriana, de “la terrible herida que nunca quería sanar”, herida producida por la pasión de una Kundry, una Aspari, una tentadora, en fin, de la estirpe bíblica de esas “hijas de los hombres”, o del mal, que hiciesen apostatar a “los hijos de Dios”, acarreado el Diluvio, como kármica consecuencia.

Y el resultado, ¡ay!, fué y será siempre el de que el hombre quede, como el Príncipe de las Islas Negras, “postrado y hecho de mármol de medio cuerpo abajo”, que es como, por desgracia, al cumplir la triste ley natural animal del sexo, estamos todos, hombres y mujeres, si no es que acontece cosa aún peor, y es la de que el sexo, como hoy sucede infelizmente con tantas lecturas y espectáculos malsanos, no se sube también a la cabeza, perturbando el equilibrio fisiológico, el social, el económico, etcétera.

Y esta “llaga de Amfortas”, esta “cadena de Prometeo”, esta “fruta y agua de Tántalo”, esta “manzana de la Discordia”, “de las Hespérides” o “del Paraíso terrenal”, no cesarán de producir sus frutos de dolor, de sangre y de muerte, hasta que el “Parsifal”, el “Elegido de las Edades”, el divino “Epimeteo”, “hijo amado de

un padre enemigo”, como dice la Trilogía de Esquilo, no recobre “la sagrada lanza”, la “lanza del rayo solar” o “lanza quiritaria” de las primitivas tradiciones patriciales, y con ella nos cure nuestra “lunar” o sexual herida, como le curase el sultán al príncipe después de matar a aquella impía representante de la Magia Negra de la Atlántida, que en el texto de Mardrús hechiza diariamente a su víctima con el bebedizo de sus pérfidos encantos, más que con el de banj, beleño, aschisch o “buza” que rezan los textos, simbolismo de la caída de nuestra Alma pura en las bajas tenebrosidades de los vicios, vicios que, cual al príncipe del cuento, hacen de nosotros verdaderos “muertos-vivos”...

He aquí, pues, las “cuentas que pedían al hombre” los “peces de colores” consabidos, antes de ellos dar a su vez las suyas en el momento del juicio definitivo, o sea de su “fritura y carbonización de muerte”, a la que el texto metafóricamente alude. He aquí también todo el “Misterio del lago Karún”, o sea de la Historia del Pescador, que abre marcha con sus “cuentos atlantes” a todas las versiones del gran libro parsi que comentamos, historia que tantas conexiones tiene con el mito tristánico, como puede verse comparándola con el capítulo de “Tristán e Iseo” en nuestro Wagner, mitólogo y ocultista, como asimismo con la leyenda etíope de “Clareo y Florisea”, que allí también se da. El monstruo del “Palacio de las Lágrimas” es el Sir Morold del mito caballeresco, o nuestro no menos mitológico Mauregato astur, el del famoso tributo de las cien doncellas, de raigambre oriental, como creemos haber demostrado en otro lugar.

Pero no cerraremos este admirable mito de El Pescador sin dar de sus “peces de colores” un texto probablemente más antiguo aún que el de Las mil y una noches. En efecto, los últimos pasajes del gran mito de “El Pescador”, referentes al príncipe de las “Islas Negras” tras las cuatro “montañas” o “épocas” de la inmensa Atlántida sepultada con todas sus cuatro razas que se simbolizan en los respectivos cuatro peces de colores: negro, rojo, amarillo y azul, tienen su clave explicativa en el antiquísimo Poema ario-tibetano de Dzyan, a cuyo comentario, como es sabido, se consagra La Doctrina Secreta, de la maestra H. P. B. No se trata, pues, de peces transformados en los hombres de las cuatro grandes religiones, merced a la redentora obra del sultán, como suelen decir los textos, sino de las cuatro grandes razas sepultadas a las que poéticamente aluden las Estancias X, XI y XII de dicho libro en estos términos D. S., t. II):

“ ... La Tercera Raza dió nacimiento a la Cuarta: los Suras (dioses, hombres divinos), dieron nacimiento a los Asuras (demonios, hombres perversos). La Primera raza, en cada zona, era del color de la luna; la Segunda, amarilla como el oro; la Tercera, roja, y la Cuarta de color castaño, que se tornó negra por el pecado. Los siete retoños

humanos –los pueblos primeros de la Lemuria y de la Atlántida– eran todos de una compleción o color; los siete siguientes principiaron a mezclarse. Entonces la Tercera y Cuarta razas crecieron en orgullo y en poder. “¡Somos reyes, somos dioses!”, se dijeron a sí propios. Tomaron esposas de hermosa apariencia. Esposas de entre “los sin mente” –o sin discernimiento–; los seres de cabeza estrecha, engendrando monstruos, demonios maléficos, machos y hembras con mentes pobres y también Khado o “hechiceros”. Construyen templos para glorificar el cuerpo humano. Rendían culto a varones y a hembras –culto fálico–. Entonces el Tercer Ojo –el Ojo de la Intuición o de Dagma– cesó de funcionar.

Construyeron enormes ciudades. Con tierras y metales raros ellos construían –raza camita–. De los fuegos vomitados por la Tierra, de la piedra blanca de las montañas y de la piedra negra, labraron sus propias imágenes, según su tamaño y semejanza, adorándolas. Construyeron grandes imágenes de nueve yatis de alto, que era la estatura de sus cuerpos. fuegos internos habían destruido la tierra de sus padres. El agua les amenazaba ya, a ellos los de la Cuarta Raza. Las primeras grandes aguas vinieron. Sumergieron las siete grandes islas. Los buenos fueron todos salvados y los malos destruidos. Pocos hombres quedaron. Algunos amarillos, algunos de color castaño y negro y algunos rojos quedaron. Los del color de la Luna habrán desaparecido para siempre. La Quinta Raza –los adamitas o arios–, producida del Tronco Santo, quedó, y fué gobernada por Reyes Divinos. ...Las Serpientes –Dragones de la Sabiduría Iniciática– volvieron a descender sobre la Tierra e hicieron la paz con los de la Quinta Raza, a quienes educaron e instruyeron...”

Tales son, según el antiquísimo Poema de Dzyan, los misterios sepultados en el mar con la gran catástrofe atlante, misterios que también se enseñaron durante las iniciaciones en los lagos sagrados, “pistas” o “piscinas” de todos los templos por los sacerdotes de cien cultos ya extinguidos pero cuyo recuerdo nos han conservado, como sucede siempre, la etimología y la Historia al hablarnos de los desconocidos ritos iniciáticos de “Júpiter-Pistio”, y de “Diana-Pistia”, cuanto de los correspondientes sacerdotes iniciadores “Pistacos, pistacius o písticos” venidos a Roma y a Etruria, según se lee el Diccionario Calepino en la voz correspondiente a “Piscis”, desde Alejandría, Egipto y Siria, gentes que también se llamaron “pistores” o divinos “panaderos”, porque daban “el pan del alma”, y que, ¡cosa admirable!, aún siguen llamándose hoy así en los desconocidos ritos secretos de México y de América del Sur...

A la luz, pues, del Ocultismo el gran mito del Pescador nos conduce a las siguientes conclusiones:

a) Que desde tiempo inmemorial ha existido en Persia y Ario-India la creencia, o

más bien el adulterado recuerdo, de una cultura, un mundo como el de la Atlántida, antaño floreciente, y hoy sepultado en el fondo del mar.

b) Que el emplazamiento de dicho país sepultado era allende el Magreb o Marruecos actual, como hemos visto en el viaje allí del jeque Taleb (versión del capítulo VI), todo de acuerdo con los conocidos relatos de Platón y de otros clásicos y con las presunciones de nuestra ciencia actual.

c) Que el recuerdo de semejante país sepultado estaba reservado o vedado al vulgo (relato de los "Vasos sellados" de Salomón) y oculto, naturalmente, en el fondo del mar, bajo las más severas penas contra sus reveladores.

ch) Que del mar no podía ser sacado "el secreto" sino por un honrado "pescador", o sea un iniciado en los "Misterios Pistios" de la antigüedad, misterios de los "peces" o de la Atlántida.

d) Que sólo los hombres esforzados y puros, como el sultán del cuento y a costa de mil trabajos y tribulaciones, podían esclarecer por completo el misterio, con arreglo también a aquel dicho de Proclo de que "las almas grandes se inician por sí mismas, sin necesidad de que nadie las inicie, y tales almas se salvan, según el Oráculo de Delfos".

e) Que toda la catástrofe de aquel gran país se debió al abuso del sexo, tanto en el sentido meramente físico como en el más hondo sentido simbólico, a saber, la infidelidad de una mujer (base también del mito bíblico del Paraíso Terrenal) a las divinas leyes de la Naturaleza, abandonando por un infame negro ("raza inferior", "necromancia", etc., según el sentido en que tomemos al símbolo) a su legítimo esposo, o bien trabando este "Hijo de Dios" o "príncipe de las Islas Verdes, que se tornaron Islas Negras por el pecado", relaciones ilícitas y de mala magia con una de "las Hijas de los Hombres"; según el lenguaje de aquel texto semítico, que no parece sino que está calcado, como tantos otros, en el inagotable texto de Las mil y una noches.

f) Que en la lucha fatal de las dos magias atlantes: la buena representada por el hermoso príncipe, y la mala, de la que era símbolo el perverso negro, entrambas quedaron heridas, digámoslo así, porque aquel protegido de la primera "ya no fué más hombre de cintura abajo, sino mármol negro", por la herida del sexo, y también quedó "malherida" la magia negra por cuanto estaba y en efecto está (Mito apocalíptico de Gog y Magog, tomado del Libro de Enoch etíope, como es sabido) encadenada al "lecho del dolor" y confinada a límites más estrechos que antaño, cual hemos ido viendo acaecer en nuestros días a otras instituciones necromantes similares (Inquisición, derechos feudales, prohibiciones contra la ciencia, etc.).

g) Que este estado de cosas no será eterno, dado que eterno no significa “siempre” en la lengua hebrea originaria, sino “oulang”, es decir, un período de tiempo inmenso, sí, pero no indefinido, al cabo del cual las cosas retornarán a su anterior estado o modo de ser, con el restablecimiento de la justicia perturbada y la vuelta a los primitivos esplendores atlantes y aun con la geológica reaparición algún día de tamaño continente sepultado como, según la ciencia europea y la tradición, ha acaecido con otros lugares, antes lechos de mar, tales como el actual Desierto del Gobbi, el de Sahara y tantos otros. La reconciliación parsi operada en el último día de los tiempos entre Ormuzd (Genio del Bien) y Arimán (Genio del Mal), no quiere, en el fondo, significar otra cosa.

h) Que todos los iniciados y todas las iniciaciones ocultistas, sea cual fuere el país y la época, se han basado en semejante enseñanza fundamental, guardada bajo sigilo o “sello salomónico”, y expuesta, sin embargo, bajo mil fábulas y alegorías, de las que hemos dado aquí varias muestras, sin agotar, por supuesto, el extraordinario tema.

i) Que los “pescadores”, “pistacos” o “pistios” de tan diversos cuentos se han sucedido de la Atlántida acá, ocultos, sí, para el vulgo, pero siempre asequibles a los hombres de selección a quienes en forma teatral y de noche les daban tamañas enseñanzas, mediante vívidas escenas en las “piscinas” o “lagos sagrados”, pistas que, desnaturalizadas luego, pasaron a nuestros circos y teatros, a través, por ejemplo, de los Autos Sacramentales, como más al pormenor llevamos demostrado en nuestro libro sobre Wagner, mitólogo y ocultista, donde, así como en De Sevilla al Yucatán, puede hallar el lector curioso, cual el sultán del cuento allende el lago Karún, la verdadera “pista” o senda para hallar por sí mismo la verdad de todas estas tan estupendas revelaciones...

EL VELO DE ISIS
Mario Roso de Luna